



Confusión de Jerarquías

En todas las épocas se han hecho presente las inquietudes estudiantiles dirigidas a impulsar reformas en la enseñanza superior. Ellas se encauzaron a veces por las vías de los congresos, en que se buscaba la cooperación de expertos o se tomaba de base modelos aplicados en otros países, y en otras ocasiones se tradujeron en protestas y asonadas que no dejaban tras de ellas ningún resultado positivo.

Pero hasta ahora no se había presentado el caso de un movimiento destinado a poner en el banquillo a las autoridades universitarias y decidir por mayoría de votos si ellas deben o no permanecer en sus cargos. La boga de la idea plebiscitaria es inexplicable en un medio en el cual lo que debe primar no es el número sino la razón.

Es la tendencia al cambio por el cambio la que parece haber surgido en esta oportunidad, buscando como víctima al Rector de la Universidad Católica, que ha gastado los mayores esfuerzos por hacer progresar las actividades académicas y de investigación científica. Este hecho lo comprueban imparcialmente los profesores del plantel del Estado.

Los universitarios que han puesto en marcha esta acción injusta y desconsiderada en contra del Rector y Gran Canciller Pontificio, don Alfredo Silva Santiago, no ofrecen ningún plan definido para mejorar lo existente. Se limitan a estigmatizarlo y a lanzar proposiciones vagas. El epigrafe y resumen de todas ellas es: "Nuevos hombres para la nueva Universidad". Este lema lleva implícita la idea de que para dirigir una renovación se requiere de hombres que no tengan trayectoria ni experiencia, puesto que ellos deben ser también "nuevos". La verdad es que en ningún país del mundo la educación superior se ha reformado con prescindencia de la capacidad de los maestros que pertenecen a sus cuadros.

En Francia, para buscar el ejemplo de un país latino, donde se han impulsado constantemente modificaciones de la estructura universitaria, fueron catedráticos como Langevin y otros de antigua trayectoria los que tomaron sobre sus hombros esa responsabilidad.

Aquí se comienza por llamar a un plebiscito cuya plataforma es la remoción del Rector. Nadie se preocupó antes de discutir con el jefe espiritual del plantel, designado por la Santa Sede, responsable moral y material de la Universidad, los asuntos que, a juicio del alumnado, deberían ser básicos en una reforma. Aun más, se prescindió deliberadamente de su opinión o consejo, coincidiendo el plebiscito con la ausencia de aquel alto dignatario.

La vaciedad de las declaraciones que inspiran el movimiento puede apreciarse leyendo algunos acápites de la presentación hecha ante el Consejo.

Uno de los temas fundamentales cuestionados es la catolicidad del plantel. He aquí el enfoque: "La Universidad será propiamente católica sólo en la medida en que allí se produzca una elaboración y un testimonio de la síntesis cristiana. Ello será posible siempre que se establezcan los medios institucionales que permitan un diálogo incesante entre la verdad revelada y el producto de la elaboración humana: entre la ciencia y la fe. Condición para ello es la existencia de un centro teológico de gran relevancia que con voluntad y medios incorpore la antropología cristiana en la dimensión formativa personal de la Universidad".

De esas líneas parece desprenderse por momentos un intento de sistematizar en la Universidad el compromiso religioso-científico de Teilhard de Chardin; pero a poco que se analicen las crípticas frases transcritas se advierte que lo que queda como aspiración máxima es "el diálogo incesante". Es difícil no ver en ese libre examen sin límites el fastidio hacia el dogma que está en la raíz de la doctrina católica. Los autores de este libelo parecen aspirar a una revolución permanente, que estaría bien en la mente de Trotski, pero que resulta incompatible con una enseñanza sistemática, con un límite al examen y al debate y con un deber de transmitir al alumnado nociones verdaderas y conocimientos que tengan autoridad científica.

Si en una de las características básicas que debe atribuirse a la Universidad Católica los promotores del plebiscito ostentan un pensamiento tan confuso, es de imaginar lo que pueden ofrecer para cimentar una nueva enseñanza con hombres también nuevos.